

El mentidero de la Villa de Madrid



Mentidero de las Gradass de San Felipe el Real

Nº 831 Jueves 30 de Noviembre de 2023

Se comenta en los mentideros madrileños...

- 🚩 **Felipe VI reivindica la Constitución: «Debemos honrar su espíritu, respetarla y cumplirla»**, Antonio Rodríguez
- 🚩 **La mentira que no vale**, Juan Van-Halen
- 🚩 **Sin presente no hay futuro**, Ricardo Martínez Cañas
- 🚩 **Sánchez, ese «perverso narcisista», que siembra el conflicto allí donde va**, Francisco Rosell
- 🚩 **La portavoz avinagrada y otros farsantes**, José Alejandro Vara
- 🚩 **Asalto a la Caixa**, Jesús Cacho

Felipe VI reivindica la Constitución: «Debemos honrar su espíritu, respetarla y cumplirla»

El Rey emplaza a los partidos a trabajar por una España «sin divisiones ni enfrentamientos»

Antonio Rodríguez (*TheObjective*)

Felipe VI ha reivindicado este miércoles ante los diputados y senadores la vigencia de la Constitución española aprobada hace 45 años, en un momento en el que hay voces políticas que piden cambiarla o interpretarla «con arreglo al espíritu del tiempo vigente», como dijo recientemente Pedro Sánchez. «Debemos honrar su espíritu, respetarla y cumplirla», ha enfatizado el Rey en un momento de su discurso ante las Cortes Generales con motivo del inicio de la XV legislatura.

«Las legislaturas son la medida del devenir de la vida política. Cada nuevo mandato parlamentario configura un anillo del tronco de nuestra democracia», ha recordado el monarca, quien ha hecho hincapié en que para afrontar una época «de grandes cambios y transformaciones» como la actual, se precisa «de un marco democrático como el que representa la Constitución para convivir y prosperar en libertad».



El Rey se ha centrado en los jóvenes, para los que la democracia «no es una aspiración como lo fue para sus padres y abuelos, sino una realidad en la que han nacido, han crecido y en la que se han formado como personas». En este sentido, ha ensalzado el «gran éxito colectivo» que supuso la Carta Magna, un texto que estableció «la libertad, la igualdad, la justicia y el pluralismo político como valores en los que se basa nuestra convivencia democrática».

Unos valores que, a juicio del monarca, «no están anclados en el pasado y que deben proyectarse permanentemente hacia el futuro». Por ello, ha hecho énfasis en que la búsqueda del entendimiento, el reconocimiento de las diferencias o «la certeza de que sólo superando las divisiones tienen una base segura las libertades y los derechos», fueron «ideas y actitudes determinantes» que en 1978 permitieron abrir una nueva página de la historia de España.

«Aquel momento histórico es una constante fuente de motivación porque representa el espíritu más noble en el ejercicio de la política. Reivindicar el profundo significado de aquel gran pacto entre los españoles que está en el origen de nuestra democracia



no es, en absoluto, mirar atrás con nostalgia», ha subrayado ante los diputados y senadores.

La Carta Magna sí es, a juicio del jefe del Estado, «una orgullosa y consciente reafirmación de nuestras mejores capacidades como país y del mejor logro que ordena, en nuestros días, la vida de la sociedad española». Por ello, el Rey ha instado a «honrar su espíritu, respetarla y

cumplirla, para hacer efectiva la definición de España como un Estado Social y Democrático de Derecho».

Felipe VI ha reiterado que España alcanzó en 1978 «su mejor expresión en el entendimiento mutuo sin imposiciones ni exclusiones y en la voluntad de integración que enriquece, con la diversidad y el pluralismo, nuestro proyecto común, nuestro vínculo emocional y solidario como Nación».

«Esto fue lo que hicieron los españoles hace 45 años. Nos dejaron una Constitución, que es el alma de nuestra democracia y libertad, con un espíritu inclusivo de ideales y convicciones y un propósito común como jamás habíamos tenido. Una España serena, ilusionada, confiada en su futuro. Debemos honrar ese legado; un legado de grandeza, responsabilidad y sentido de la Historia», ha enfatizado en un momento de su discurso.

El monarca ha insistido en que la obligación de los partidos y el resto de las instituciones es legar a los españoles más jóvenes «una España sólida y unida, sin divisiones ni enfrentamientos». En el caso del Parlamento, el Rey ha recordado que representa «la integración de diferentes opciones y proyectos dentro de nuestra Constitución».

«El pueblo español ha depositado en sus señorías el bien político más preciado: la confianza. Les ha confiado la tarea de que el pluralismo político aquí representado, impulse la mejora de las condiciones de vida de las personas y grupos en que se integra», ha señalado mirando a sus señorías.

«El desempeño de las potestades que tienen atribuidas las Cámaras constituye un alto honor para todas sus señorías. Un honor que también conlleva la obligación de desempeñar las funciones constitucionales encomendadas, buscando siempre el bien común de todos los españoles», ha concluido Felipe VI antes de reiterar a los diputados y senadores «acierto en el desempeño de su alta función».

La mentira que no cesa

El nuevo Gobierno comenzó su mandato mintiendo y enfrentado. Mintieron no pocos de los nuevos ministros, si juzgamos sus hechos, al prometer servir al Rey y a la Constitución

Juan Van-Halen (*El Debate*)

Seguí los debates parlamentarios como informador cuando no pensaba que un día sería parlamentario. La Transición supuso concordia y esperanza. Luego fui senador durante seis legislaturas y el panorama resultó bien distinto desde el escaño al conocido desde la tribuna de prensa. La Historia con mayúsculas suele escribirse a menudo desde anécdotas, como ya nos advirtió Stendhal. Me sorprendieron, qué ingenuidad, las mentiras de sus señorías. Entonces debíamos ser raritos porque los periodistas no aplaudían a unos o a otros. Los invitados –incluidos los informadores– no pueden manifestar sus afinidades o discrepancias.

Cuando, tras su investidura, los aplausos a Sánchez arreciaron entre los periodistas entendí que cierto sinsentido había ganado la partida. No se contenían los efluvios partidistas. Las opiniones deben manifestarse en los medios y sobre la firma de cada cual y no desde la tribuna de prensa. Todo esto viene a cuento de esa especie de desbordamiento que padecemos y el detalle que señalo es un síntoma. En las tertulias puede que sea inevitable. El destinatario de las opiniones, el ciudadano de a pie, sabe bien quién es quién, los periodistas que son descaradamente de izquierdas o de derechas olvidando la objetividad, y los que se apuntan al «sí, pero» desplazados de un lado a otro según venga el viento. Lo comprendo pero no es obligatorio compartirlo.



Son tiempos nuevos. Es la primera vez que no forma Gobierno quien más votos consigue. Es legal, aunque mintieran al electorado, pero hasta ahora nunca ocurrió. El rigor, la prudencia, la dignidad, el compromiso con el futuro de todos, habían desterrado las subastas de votos. El PP y el PSOE pactaban según sus necesidades pero siempre desde la mayoría. Así lo hicieron Aznar o Rajoy. El Frankenstein desde la minoría se lo inventó Sánchez, el candidato socialista que menos votos ha conseguido para su partido, ya en la moción de censura, desde una sentencia manipulada como luego demostró el TS. Entonces el argumento principal de Sánchez fue que el partido de Rajoy había sido condenado por corrupción, pero era mentira. El PP no ha sido nunca condenado por corrupción como tal partido, y sí lo fue el PSOE.

Aquella afirmación de Goebbels «una mentira repetida se convierte en verdad» ha quedado confirmada. En el reciente debate del Parlamento Europeo un orador portugués repitió, como argumento para defender al Gobierno de Sánchez, que Rajoy había sido condenado por corrupción. Falso. Y nada dijo de los EREs de Andalucía, con dos expresidentes del PSOE condenados entre tantos otros políticos socialistas. Y, puestos a volver al pasado, no recordó la orgía de corrupciones en la última etapa del mandato de Felipe González que afectó hasta a la Guardia Civil, al BOE y a la Cruz Roja. Todo eso y más ya es olvido.

Ocurre igual con la cantinela de que España participó en la guerra de Irak ignorando a la ONU, cuando lo cierto es que, más allá de la foto de las Azores, España llegó a Irak a instancias de la Resolución 1511 del Consejo de Seguridad, de 16 de octubre de 2003, que detallaba la Resolución 1483. Se calificaban los enfrentamientos tras el derrocamiento de Sadam como «terroristas» y no como «acciones de guerra», y el Consejo de Seguridad urgía «a los Estados miembros a prestar asistencia a la fuerza multinacional» –el apartado 13 de la Resolución– «incluyendo fuerzas militares». España fue a Irak por mandato de la ONU y acabada la guerra. La tramoya reiterada por la izquierda, que llega hasta hoy, es falsa. Los datos están en internet y avalados por la ONU. Quien cae en la mentira es que no se informa o quiere mentir.

El nuevo Gobierno comenzó su mandato mintiendo y enfrentado. Mintieron no pocos de los nuevos ministros, si juzgamos sus hechos, al prometer servir al Rey y a la Constitución. Contaban en el pasado con declaraciones públicas deseando incluso guillotinar al monarca. Desde Ione Belarra e Irene Montero despidiéndose con el puño cerrado, enfrentadas al presidente del Gobierno, situación inédita antes de esta toma de posesión, hasta Sira Rego, con un pasado extremista y ferozmente antimonárquico. Quedan en manos de esta diplomada en nutrición nuestra juventud y nuestra infancia. Por su indigencia intelectual y su pasado Sira Rego será la Irene Montero del nuevo Gobierno. Y, mientras, la mentira no cesa. Con todo, no me extraña que el Rey no mostrase un semblante alegre. Esperemos lo peor.



Sin presente no hay futuro

Ricardo Martínez Cañas

Doctor en Geografía e Historia y ex profesor de la Universidad Complutense de Madrid

Parece evidente que, como señala Julián Marías, vivimos siempre proyectando nuestro futuro: «la estructura futuriza de la vida humana [escribe] nos remite inexorablemente a su proyección». Pero, como también dice, el presente es real, *patente*, y el futuro incierto, sólo *latente*¹. Sin presente no tenemos futuro, pues sólo desde el presente podemos proyectarlo. Y el futuro que proyectamos puede no realizarse, bien porque la evolución de las circunstancias es diferente a lo previsto, bien porque no ponemos el empeño necesario o bien porque, con los cambios, deja de ser deseable.

¹ MARIÁS, Julián: *Antropología metafísica*. La estructura empírica de la vida humana. Ediciones de la Revista de Occidente, Madrid, 1970, pp. 13 y 295. Accesible en *Antropología metafísica : la estructura empírica de la vida humana / Julián Marías | Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes* (cervantesvirtual.com)

No hay duda de que todos procuramos prevenir y realizar el futuro que, altruista o egoístamente, nos parece mejor. Al que no lo hace se le considera un descuidado. Pero sobre qué es lo mejor y cuál el mejor momento y modo de hacerlo siempre hay dudas. Y estas dudas son especialmente conflictivas en cuestiones y pronósticos relativos a un futuro lejano y sometido a infinidad de variables. Ejemplo de ello tenemos actualmente en lo relativo al fenómeno del calentamiento global y a su posible prevención o evitación. El larguísimo plazo a que tal calentamiento se pronostica hace mucho más azaroso y difícil el control de la variabilidad multifactorial del clima, que ya de por sí se suele destacar diciendo que *El tiempo está loco*: en ese larguísimo plazo el clima puede verse sometido a sorpresivos factores nuevos o no previstos. Otra cosa sería una posible programación basada en la segura sucesión de los días y las noches o las estaciones climáticas, cuyo conocido mecanismo y continuidad parecen garantizados mientras perdure la actual relación de la Tierra y el Sol. La diferencia se ve clara en que a nadie se le ocurrirá, creo yo, programar acciones tendentes a alterar este mecanismo, especialmente si ello implica limitar o prohibir actividades beneficiosas para el presente.

Los indicios de calentamiento global, en distintos grados y con diferentes efectos, parecen aceptarse bastante comúnmente. Calentamientos y glaciaciones se han producido ya varias veces en la Tierra antes de que el Hombre existiera e influyera en ello. Pero ni el conocimiento de sus causas ni su regularidad son comparables, como antes señalada, con los del mecanismo relativo a la sucesión de días, noches y estaciones. De ahí las dudas sobre si la acción humana tiene relevancia en la génesis del calentamiento actual y sobre si puede evitarlo. Aunque hay grandes sabios que lo niegan, no sin razones, los hay también que lo afirman, y la acción preventiva se ha convertido y oficializado desde el Poder en parte fundamental de lo políticamente correcto. Corrección a la que, también con razones en favor y en contra, se suman acciones oficiales en parte relacionadas con este fenómeno, en pro de las agendas 2030 y 2030-2050, que, estimándolas más deseables que realistas, consideran algunos *una carta a los Reyes Magos*.



El problema es que esa acción de conjunto conlleva la renuncia a importantes realizaciones deseadas para nuestro bien presente. Son muchos los sufrimientos y frenos al progreso implícitos en ese sacrificio del presente a un posible, pero hipotético, futuro; y la cuestión es si los supuestos males evitados valen la pena de dichas renunciaciones. Si los efectos del calentamiento van a ser tan catastróficos como aseguran nuestros actuales dirigentes y políticos, y si la acción humana puede evitarlos, se comprende el terror que su constante machaqueo tiende a producir en la sociedad española; pero estos políticos han dicho ya tantas mentiras interesadas que cabe pensar si ésta, que tiene para ellos la ventaja de no ser por ahora verificable, no será una más. ¿No se tratará de que, amedrentados y sumisos por tal amenaza, consintamos de mejor grado los propios sacrificios de, entre otras cosas, nuestra agricultura e industria y no reparemos en los errores y grandes negocios de quienes promueven tales acciones preventivas? Por lo pronto, leyendo los escritos de sus oponentes la catástrofe que se nos anuncia no parece ni tan segura ni tan grave, por más que su razonada disensión sea rechazada y se les llame, sin atender a sus razones, *negacionistas*, cual si negasen por

negar. La búsqueda de la verdad y el intento de hacer lo más conveniente tanto puede estar en unos como en otros. Pero la mentira egoísta se ha instalado de tal manera en nuestros actuales gobernantes que no es fácil creerles por un acto de fe en ellos, que es lo único posible para la gran mayoría en estas cuestiones que, de momento, no se pueden verificar.

La Real Academia Española se muestra, en su Diccionario, consciente de este problema cuando define la palabra *futurismo*, en su primera acepción, como «Actitud



que se caracteriza por especular, sin base científica, sobre el futuro». Es cierto que quienes esto defienden dicen tener dicha base, pero también dicen tenerla quienes lo niegan. Prescindiendo aquí de lo dicho por el citado Diccionario la RAE, en su segunda acepción, relativa al arte del «poeta italiano F. T. Marinetti», parece conveniente señalar su tercera acepción: «3. m. Méx. Electoralismo». Es decir, en México *futurismo* significa *electoralismo*. Y electoralismo se define

como «Actitud y conducta motivada por razones puramente electorales». ¿No habrá algo de esto también en los pronósticos y disposiciones que aquí comentamos?

Eso de hacer pronósticos y promesas cuyo incumplimiento no se podrá verificar hasta después de haberse conseguido las ventajas así buscadas no parece cosa nueva. Muchos y variados ejemplos de ello tenemos todavía recientes, que no quiero repetir...; y también los hay de antaño. Recuerdo que hace ya tiempo circulaba un chiste electoral que no parece haber perdido actualidad: Un político estaba en campaña electoral y, como en sus mítines no conseguía el éxito deseado, un amigo le aconsejó prometer que para cierta lejana fecha conseguiría, entre otras muchas y extraordinarias cosas para el pueblo, hacer hablar a su caballo. Para entonces, le decía, ya habrán pasado las elecciones, y además, nunca se sabe,... a lo mejor habla el caballo.

Pues eso, quizás no convenga sacrificar tanto el presente por un futuro en el que a lo mejor no habla el caballo.

Sánchez, ese «perverso narcisista» que siembra el conflicto allí donde va

Israel planta la cumbre del Mediterráneo tras la bronca entre Sánchez y Netanyahu.

Francisco Rosell (*Vozpópuli*)
Periodista, director de *Vozpópuli*

Después de incendiar España con su otorgamiento a los golpistas catalanes de una amnistía tan ilegal como amoral para agenciarse los siete votos inexcusables para que su derrota electoral no le dejara sin La Moncloa, Pedro Sánchez se llevó el fuego con él a Israel y prendió el polvorín de Oriente Medio. Cual bombero-pirómano, acudió con la divisa de presidente de turno de la Unión Europea a testimoniar su solidaridad con el pueblo israelí tras el mayor atentado terrorista que ha sacudido el país desde su independencia en 1948 y armó una garata que ha

colocado las relaciones bilaterales al borde de la ruptura. Después de que otro presidente socialista con más seso y talento las estableciera en 1986, Sánchez ha vuelto a liarla parda como hizo con Argelia dando un giro de 180 grados a la postura tradicional española sobre la descolonización del Sahara en pro de las tesis marroquíes sin informar a su Gobierno ni autorizarlo las Cortes.

Como el que va a testimoniar un pésame y sale vilipendiando al finado y a su parentela, Sánchez amenazó a Israel con el reconocimiento unilateral del Estado Palestino tras asumir los planteamientos del grupo terrorista Hamás en línea con el antisemitismo de sus ministros comunistas. No en vano evitó el «sorpaso» electoral de Podemos a costa de aplicar el proyecto de los hijos naturales del zapaterismo. Asimismo, con el desahogo del que hace gala, impartió lecciones a Netanyahu sobre cómo combatir el terrorismo pese a los servicios de Israel contra ETA.

Olvidando que Hamás desató las hostilidades –como Putin la de Ucrania– y que no cabe negarle el derecho a la defensa a Israel por contentar a quienes les sostienen en La Moncloa, Sánchez rememora los dislates de Zapatero. Ello lo retrata en la comunidad internacional como el zascandil que es y que, en su temeridad, acarrea serias secuelas con aliados israelíes como EE.UU. y otras potencias de la OTAN. Trampeando con la vitola de presidente de turno de la UE, se ha arrogado un protagonismo que no le atañe zarrandeando el avispero de Oriente Medio como agitador que hace de la desgracia ajena –como en el Covid– su seguro de vida político.



Trampeando con la vitola de presidente de turno de la UE, se ha arrogado un protagonismo que no le atañe zarrandeando el avispero de Oriente Medio como agitador que hace de la desgracia ajena –como en el Covid– su seguro de vida político.

Sánchez acusa uno de los desórdenes de la personalidad que aprecia en los políticos, el neurólogo británico David Owen, a la sazón ministro de Exteriores

con Tony Blair. Echando mano del concepto griego de hybris, del que se valen los dioses para enloquecer a quienes desean destruir, analiza cómo la desmesura se apodera de quienes buscan mandar por encima de todo. No obstante, quizá quepa catalogar a Sánchez más bien de «perverso narcisista», como diagnostica el psiquiatra francés Paul-Claude Racamier, quien define así a quienes gustan del enfrentamiento, incluso entre sus aliados, haciendo que los demás parezcan los culpables. El placer máximo del «perverso narcisista» es lograr el destrozo de un individuo por otro mientras asiste al pugilato para luego, destrozados entre sí, exhibir su supremacía. Sánchez tal cual: capaz de demoler a la vez la casa propia y la ajena.

A modo de conjuro, poniendo a nuestro señor don Quijote por testigo, Andrés Tapiello proclamaba hace dos domingos, en la inconmensurable concentración madrileña, en derredor de la diosa Cibeles, que Sánchez «quiere volvernos locos», y no seré yo quien le quite la razón. De hecho, ya lo ha conseguido en el PSOE, y fuera convendría ponerse a cubierto del pedrisco. Más en medio de esta catástrofe en la que un presidente de Gobierno huido del Estado de Derecho y un expresidente prófugo de la Justicia son las dos caras de la falsa moneda que cotiza en una España que echa a perder su libertad y su bienestar por siete votos tan miserables como quien se los ha cobrado a un precio tan inasumible.

A eso llama «cumplir la palabra», como figura en la carta remitida a su estrenado Consejo de Ministros, un mentiroso compulsivo que sólo cumple lo que niega. Pura

perversidad narcisista cuando desmiente, por ejemplo, que vaya a cambiar las mayorías para renovar el Consejo General del Poder Judicial. Hay que deducir, por supuesto, que ya se emplea en su asalto final tentando a Guilarte, qué arte, en comandita con el también juez Marlaska, quien puede ayudar al presidente interino del CGPJ a enseñarle como se transita de ser promovido por el PP a ser un gran converso del PSOE. De hecho, con el almuerzo de ambos en el Día de Difuntos, ya debieron revolverse algunas ánimas.

Por la alta traición de Sánchez, los golpistas catalanes han acabado en risas y libres de cargos como en la sátira de Horacio: *«Solventur risu tabulae, tu missus abibis»*. Nunca tan pocos hicieron tanto daño al Estado de Derecho y a quienes ejercieron funciones claves en su salvaguarda para que ahora los fuercen a defender a quienes transgredieron las leyes con violencia. Se alcanza el punto ominoso de que el abuso de poder se incorpore como mérito para detentar, que no ostentar, la Fiscalía General del Estado. Sin transcurrir 24 horas, el Ejecutivo ha confirmado al simpático Álvaro García luego de que el Tribunal Supremo condenara su «desviación de poder» para promover a fiscal de Sala a su antecesora (y benefactora), la exministra Dolores Delgado, intocable sanchista desde que su pareja, Baltasar Garzón, fuera clave para manipular el fallo que sirvió para defenestrar a Mariano Rajoy. Ello explica el servilismo sayón de García en la toma de posesión del superministro Bolaños, haciendo fuerza para que su sino no fuera trágico, como el del protagonista del drama romántico del Duque de Rivas. En vez de dimitir tras reprobalo el Alto Tribunal, Sánchez lo revalida para disponer de un «gran canalla», que diría Samuel Johnson, en un sitio capital.

Por igual motivo y sinrazón, la arbitrariedad del irreconocible ministro Marlaska contra el coronel de la Guardia Civil Pérez de los Cobos, repuesto en la Comandancia de Madrid por orden judicial, lo sostiene en el Consejo de Ministros, pese a dársele por cesado por quienes desconocen a Sánchez. Su despotismo autócrata ha tornado al PSOE y al Ejecutivo en entes que priman a los resueltos a «trabajar en la dirección» de Sánchez sin necesitar directrices en línea con lo que refiere el historiador inglés Ian Kershaw en su biografía canónica sobre Hitler. Esa obediencia ciega por anticipado agrada sobremanera a quien, en su endiosamiento, arrastra a España a la desolación.



Todos esos agradadores engrosan la tropa de los que, atendiendo a su último espécimen, cabría bautizar como los Galindo. Se trata del militante socialista, nieto del pugnaz camisa azul franquista Elola-Olaso, estampillado por el Gobierno para que, designado deprisa y corriendo Letrado Mayor de las Cortes por la presidenta Argemengol, informara propiciamente la proposición de ley de amnistía nada más llegado de La Moncloa. Ha querido el destino, cual dioscecillo burlón, que se llame como el personaje de López Vázquez en la película *«Atraco a las tres»* y de la que sobrevive la escena de *«Fernando Galindo, un amigo, un admirador, un esclavo, un siervo»*. Si esto lo pregonaba aquel Fernando Galindo al paso de Katia Loritz, qué no hará con Sánchez quien arriba a las Cortes para justificar en Derecho sus tropelías.

Esos Galindo son capitaneados por el único vicepresidente real, pero sin título, del nuevo Gobierno: el trifásico Félix Bolaños, quien acapara las carteras de Presidencia, Relaciones con las Cortes y Justicia para patentizar la aspiración sanchista de anular la división de poderes en línea con lo dicho por un presidente de las Cortes franquistas sobre la «democracia orgánica»: «En el Régimen hay tres funciones y un solo poder: el de Franco», quien sería reemplazado por Sánchez. Si los supuestos excesos del corporativismo fueron la excusa para politizar la Justicia por el PSOE en 1985, trastocando el espíritu de la Carta Magna con un anuente Tribunal Constitucional, al atribuir la elección del CGPJ «entre jueces», pero no por jueces, ahora se valdrá del subterfugio de desjudicializar la política para avasallarla mediante el derribo de un Consejo General que ha resistido numantivamente, pese a desertar su presidente, Carlos Lesmes, en la primera escaramuza.

Enterrado Montesquieu y la división de poderes por González mediante la reforma de la Ley Orgánica del Poder Judicial, el prefecto de la guardia pretoriana sanchista, Félix Bolaños, se arroga puñetas de juez para poner del revés el Estado de Derecho y, con la complicidad de aquellos a los que debe el Gobierno, criminalizar a los magistrados y fiscales con comisiones de depuración y linchamiento que convertirán el



Parlamento en tribunal popular mientras éste subordina su soberanía a una mesa extramuros de España sin luz ni taquígrafos. Luego de escribir la ley de amnistía en su provecho, los delincuentes del 1-O enjuician a los jueces y fiscales del «procés» con el Parlamento como guillotina, mientras el PSOE tricota como las «tricoteuses» que tejían calceta y chismorreaban sentadas ante los patíbulos de la Revolución

Francesa. Postrado al separatismo xenófobo y saqueador, el PSOE pone en la picota también al Estado por los atentados yihadistas en Cataluña y da alas al secesionismo.

Por eso, pese a tener a los comisarios europeos más ocupados en saber qué será de ellos tras las urnas de junio y no perder la UE su condición de zoco en el que intercambiar principios por intereses, hay que calificar de éxito que los eurodiputados de PP, Vox y Ciudadanos, con Sánchez en la Presidencia de turno, hayan promovido un pleno sobre la situación límite del Estado de Derecho en España merced a una delictiva ley de amnistía. Suena a sorna que el PSOE que se felicitaba de que esa Cámara retirara la inmunidad al Puigdemont al que hoy obsequia, se opusiera al Pleno por ser un asunto interno cuando se subordina a observadores internacionales que franquearán una consulta de autodeterminación que cronificará un problema catalán de imposible conllevanza desde esa hora. Pasma que haya quienes entiendan que la preservación de los preceptos ingénitos de la UE son cuestiones internas y no el cultivo de la cebolla. Para llorar. Eso reclamaba en vano Franco para ingresar en el Mercado Común vetándose, obviamente, los padres fundadores de la redificada Europa tras arrasarla dos guerras mundiales a causa del nacionalismo.

Activismo y resistencia

Esta encrucijada vaticina uno de esos momentos que Churchill describió en estos términos crepusculares: «Si un Gobierno no tiene escrúpulos morales, parece a menudo que obtiene grandes ventajas y libertad de acción, pero todo se hace visible al final del día y todo se hará aún más visible cuando llegue el final de todos los días».

Para enderezar esa situación, es ineludible el activismo y la resistencia de instituciones y partidos, así como la movilización ciudadana ante un desaprensivo presidente que quiere dejarles huérfanos de democracia y escombrar la nación para levantar un Muro de la Vergüenza que divida y enfrente a los españoles, mientras desguarnea las fronteras ante sus enemigos exteriores en alianza con los socios de este títere que disfraza su debilidad anémica con despotismo de autócrata.

Hacia un mundo sin hijos: por qué en España ya hay más perros que niños

El Mundo

Cada vez nacen menos bebés y las razones ya no son sólo económicas. La ecoansiedad, el feminismo y los nuevos valores de la juventud explican el desplome demográfico: «Este es un planeta que da miedo y al que no apetece traer a nadie a vivir».

La portavoz avinagrada y otros farsantes

José Alejandro Vara (*Vozpópuli*)

La izquierda del progreso ha degenerado en la murga de los farsantes. Un tinglado grotesco en el que todo es espuria verborrea, montajes adulterados, trolas desportilladas. Una variante del castillo de aquellos sádicos duques aragoneses en el que el pobre Quijote sufrió todo tipo de burlas y chanzas, como la del caballo Clavileño, un rocín de utillería que se elevaba por las nubes como la mendaz palabrería del nuevo Gobierno. En esta continua liturgia del fraude destacan unos cuantos oficiantes, virtuosos en el arte de la superchería, en la que se mueven como auténticos maestros y a la que jamás abandonan. Mienten hasta en sueños.

Decía Aristón que la retórica es el arte de engañar al pueblo. Los atenienses, viendo



que semejante prédica gozaba de enorme anuencia entre la plebe, ordenaron que su elemento principal, el de suscitar las pasiones («emociones», según Iván Redondo, el gurú caído) fuera suprimido, al tiempo que los exordios y las peroraciones. «La retórica es un instrumento inventado para manejar y agitar la turba y al pueblo desordenado, un instrumento que sólo se emplea en los Estados enfer-

mos». Tácito. O sea, el populismo, vivo retrato de la España del gran narciso, donde toda verdad sufrió destierro y tan sólo circula el verbo artero y el argumento apesotado. Algunos personajillos pugnan cotidianamente por erigirse en protagonistas en el corralillo plurinacional. Compiten por ver quién la dice más gorda, quien incurre en la asnada más tremenda. He aquí un escueto muestrario del bestiario del lugar.

Zapatero rojigualda

Envuelto en banderas nacionales amaneció Rodríguez Zapatero este domingo en Ifema, en una ceremonia que tenía aires de sátira y escenografía de pitorreo. El predicador del concepto «discutido y discutible» aplicado a la nación, palafrenero de Maduro, corifeo del chavismo de Puebla y padrino apostólico en el proceso de beatificación del «hombre de paz», sufrió un homenaje casi de caricatura. Sánchez, muy dolido con la gran manifestación de Cibeles contra la amnistía –miles de banderas españolas de verdad al viento– se montó un autohomenaje con tufillo franquista, bocatas de mortadela y autobuses de alquiler, y plantificó, en medio del sarao, a quien fuera su predecesor, un Zapatero exultante y desenfrenado que deriva por momentos en monologuista bufón y cuentachistes de rebajas. Un desiderátum estrambótico que colmó de rubor a los dos únicos asistentes con algo de dignidad de cuantos allí estaban, pura grey obcecada y lanar, quintaesencia del socialismo de nuestros días.

Puente sobre aguas purulentas

El nuevo ministro de Transportes, Óscar Puente, por el momento ha evitado trasegar por el territorio de su cometido. Prefiere insistir en su vis de matoncillo de billares, en ese perfil de bronquista de arrabal que tanto éxito le deparó cuando la investidura de Feijóo. En apenas unos días en el Gabinete ya ha logrado redondear un par de éxitos antológicos. Una equiparación de la purulenta ley de amnistía con casarse con su novia de penalti o lanzar sobre la cabeza de los jueces el agravio del lawfare la prevaricación pura y dura, que manosean los separatistas con fruición. Dos declaraciones, dos patinazos. Un Puente hacia el éxito y la gloria.



Ribera de zurcidores

La Ribera de Curtidores, callejuela del Madrid antiguo, se llamaba antaño «De la tenería», porque allí se alineaban los talleres dedicados al curtido y arreglo de todo tipo de pieles. Teresa Ribera, vicepresidenta y ministra de asuntos verdes y ecológicos, superadas ya las diversas citas electorales que le obnubilaban el cerebro, decidió finalmente acceder a un acuerdo con Juanma Moreno y zurcir el desgarrado del parque Doñana, luego de una larga contienda de tironeos absurdos y de prepotencia de la ministra más arisca del Ejecutivo. Dos años de mentiras y zafiedades, de trampas y enredos para, finalmente, hacer lo que se debía: soltarles la pasta a los agricultores afectados y poner punto final a un asunto abrumadoramente utilizado por la trompetería orgánica. No se olvide que Sánchez se ocultó en Doñana el día que tocaba votar la ley del sí es sí en el Congreso. Otro zurcido.

La venganza de Bolaños

Le pararon los pies cuando intentó colarse en la fiesta de la Comunidad de Madrid. La jefa de protocolo del castillo de Sol le mandó a su sitio, donde la gente de a pie, cuando pretendía encaramarse en el estrado de las autoridades. Investido ahora como todopoderoso triministro del nuevo Gabinete, Bolaños ha decidido devolver aquella afrenta. Ha vetado a Ayuso en la inauguración del AVE Madrid-Asturias, ceremonia que contó con la presencia de los respectivos presidentes castellano-leonés y asturiano. Ese resentimiento insípido de un espíritu mezquino va a caracterizar, a buen seguro, la gestión del quisquilloso monaguillo. «Como ahora me borras, te borraré. Estés donde estés», habrá pensado la lideresa madrileña como aquel Zaid de Borges. Así hará.

La diplomacia de Albares

Sólo un maestro podría salir indemne del quinto «jamás» del Rey Lear. Solo un virtuoso diplomático sería capaz de emerger con brío del laberinto en el que lo ha sumido su sumo sacerdote en estos últimos días. Malamente superó José Manuel Albares del episodio Pegasus y su estrambótico volantazo en el Sáhara. Ahora sucumbe a un rosario de desastres difícilmente reconducibles. Tras las repugnantes declaraciones de Sánchez contra Israel en el puesto fronterizo de Gaza, que se recibieron en la UE con ese gesto de estreñimiento que por allí exhiben cuando están contrariados, se han sucedido una serie de varapalos en el frontispicio de la imagen internacional de España. Macron, por ejemplo, evitó sentar en su mesa al protohéroe de la sanchidad en una cena sobre el futuro europeo a la que sí estaban convocados los dirigentes de Portugal o Estonia, entre otros. Sánchez, se recordará, todavía es presidente de turno del Consejo de la UE, detalle que a pocos ya importa y que aún menos significa. Al feo del francés hay que sumar el plantón de Israel a la cumbre mediterránea de Barcelona, luego del guiño a Hamás y, finalmente, tres sobre tres, el aviso en el Parlamento a la ley de amnistía, censurada por portavoces de más de una docena de democracias. «Tres y el gato», según la curiosa contabilidad de la nueva portavoz, que no pierde ocasión de exhibir su acritud bonancible.



El club de los farsantes crece sin pausa según se mira a la izquierda. Los panegiristas del régimen se muestran ya impotentes para disimular tal avalancha de mentecatos y delincuentes. Así Otegi, quien tras afirmar que no está capacitado para ser cabeza de cartel en las autonómicas vas-

cas (ni, por lo tanto, posible lehendakari), declara que «todo el mundo sabe quién soy y tengo un pasado». Pues sí. Lo tiene. Arnaldo el secuestrador. Quizás eso es lo malo. O no. La sociedad vasca sesteá entre el cuponazo las kokochas.

Así también Álvaro García, uno de esos rostros estériles que, vistos una vez siempre se olvidan, fiscal general del Estado por más señas, empeñado en encalumar a su madrina Dolores Delgado en el frontispicio de la carrera. Por el momento, la jugada tramposa le ha salido mal. Al tiempo. O Pilar Alegría, nueva portavoz del Gabinete, recién salida de las zahúrdas de Ferraz, que habla con la boca torcida, como quien escupe al bies. Es decir, que escupe cuando habla. Sus peroratas son un bombardeo de insultos de una zafiedad desordenada, de una vertiginosa ordinariez. Todavía ejerce de titular de Educación, pese a lo cual no logra distinguir «caduco» de «caducado» y se empeña en decir «insultos y soeces», como si soez fuera sustantivo o como si se hubiera olvidado las gafas en el despacho. Así los quiere Sánchez, faltones y bastorros, amantes de la trifulca y frecuentadores del follón.

En este catálogo de farsantes falta, naturalmente, el number one, el gran impostor, el caudillo planetario que dentro de unos días sacará a la venta un nuevo libro, *Tierra firme*, que tampoco esta vez ha escrito él. Más se preocupa, como Tiberio, en extender su nombre en el futuro que en hacerse útil, o al menos grato, a los hombres de su tiempo. Una actitud tan despreciable como indigesta que desembocará, a buen seguro, en una revuelta de los espíritus decentes.

Asalto a La Caixa

Jesús Cacho (*Vozpópuli*)

Tras la investidura de Pedro Sánchez, llega la hora del reparto del botín. La Caixa, el grupo financiero más importante del país, viejo objeto del deseo de la élite política catalana, acapara todas las miradas. Es la pieza a batir. De acuerdo con distintas fuentes, parece precipitarse el asalto a la presidencia de la Fundación Bancaria La Caixa que desde hace tiempo ocupa Isidro Fainé, propietaria del 32% de CaixaBank y del holding Critería. Pretenden una operación rápida, que aproveche el torbellino en el que actualmente se mueve la política española tras la formación del frágil Gobierno Sánchez. Las fuentes sostienen que esta semana, incluso es posible que mañana mismo, lunes 27 de noviembre, Fainé recibirá una invitación para acudir a un almuerzo en el que previsiblemente se le planteará su salida. Tratan de utilizar para ello los buenos oficios del dirigente socialista Javier Solana, en la confianza que el veterano financiero tiene en él depositada desde hace años de estrecha relación. «Mira, Barzini irá contra ti primero» advierte Vito Corleone a su hijo Michael. «Te invitará a una reunión con alguien de tu absoluta confianza garantizando tu seguridad, y en ese encuentro serás asesinado... (...) Ah, oye, quien te hable de tener esa entrevista con Barzini ese es el traidor, no lo olvides».

El control, directo o indirecto, de La Caixa y su grupo ha sido siempre la obsesión tanto de los partidos de la derecha nacionalista catalana como del socialista, y naturalmente de los Gobiernos de la Generalidad, una obsesión que los gestores de la entidad financiera, desde José Vilarasau a esta parte, han combatido con éxito manteniéndola en el estricto ámbito de



de la sociedad civil y el sector privado. Pero todo ha cambiado radicalmente en una España hoy patas arriba. Estamos ante una operación que el Partit dels Socialistes de Catalunya (PSC) reclama en exclusiva para sí como parte del botín del 23J. El PSC, cuya importancia en la carrera política de Sánchez es conocida, se ha convertido en el sector negocios del PSOE y del Gobierno Sánchez. Y no está dispuesto a re-

partir cartas con nadie. Los socialistas tienen prisa y quieren concretar el cambio en la presidencia de la Fundación Caixa este mismo mes de diciembre, haciéndolo coincidir con la aprobación de la Ley de Amnistía. Desde luego antes de fin de año. Se trata de aprovechar la turbamulta política en que vive el país en estos momentos. También de evitar por todos los medios que Junts pueda meter baza en manjar tan sabroso. La Fundación controla el 32% de CaixaBank, y el Estado, consecuencia de la operación Bankia, el 17,63% también de CaixaBank. Con la tutela de la Fundación radicada en el ministerio de Nadia Calviño, ningún problema. Viento a favor.

De acuerdo con las fuentes, Solana citaría a su amigo Fainé a una reunión a celebrar esta misma semana, previsiblemente un almuerzo, al que asistiría Salvador Illa, secretario general del PSC, reunión en la que se le plantearía la conveniencia del relevo aludiendo básicamente al argumento de la edad. Los socialistas pretenden vender cara al público una salida que sea vista como plenamente «consensuada» y que esté revestida de todos los honores, una procesión bajo palio que reconozca la labor

desarrollada por Fainé al frente de La Caixa desde hace décadas. La relación entre el político socialista y el financiero se inició cuando Fainé quiso empotrar a Rodrigo Rato en La Caixa, después de la estampida protagonizada por el ex ministro de Economía del Gobierno Aznar en el FMI, salida nunca adecuadamente explicada. El juego de equilibrios existente en la institución sugirió la conveniencia de crear un Consejo Asesor Internacional que pudiera servir para pagar peajes y aparcar, con espléndida soldada, a gente como Rato. Isidro colocó en ese Consejo a Solana, con el que ha llegado a desarrollar un grado de amistad, incluso de complicidad, muy fuerte, muy intenso.

La intentona, de la cual han tenido noticia en la sede de la Fundación muy a última hora, coge al hombre fuerte de Caixa sin los deberes hechos. Sin haber elegido sucesor, circunstancia que hubiera impedido esta operación o la hubiera dificultado en grado sumo. Isidro ha ido perdiendo por el camino hombres importantes, llamados en su día a ser su recambio natural al frente de la institución. El primero de ellos, y quizá el más importante, Juan María Nin, actual presidente del Círculo de Empresarios, el gran fichaje procedente del Banco Sabadell que operó en La Caixa como vicepresidente y consejero delegado entre 2007 y 2014. Más reciente y no menos sorprendente fue la salida de Juan Antonio Alcaraz, también procedente del Sabadell y de hecho número tres de La Caixa como responsable de su red comercial, un hombre a quien Fainé había dispensado las atenciones propias de un «delfín» hasta su sorprendente caída en desgracia.

Algo parecido ocurrió con Pablo Isla, una figura de prestigio dentro del panorama plano rozando lo anodino del empresariado español. Su entrada como patrono de la



Fundación (impulsada por César Alierta) se interpretó en su día como un potencial heredero a suceder a Fainé en base al prestigio cosechado como gestor del grupo Inditex. Durante un tiempo Isla aguardó una definición concreta de ese futuro pero el amo y señor se apalancó en su tradicional reserva, su percepción vaticana de los tiempos, ese que sí,

que no, que ya veremos, hasta que un día Isla emprendió otros caminos profesionales sin dejar de pertenecer al Patronato. ¿Podría «Don Isidro» tirar de su candidatura al verse ahora atrapado en esta operación estilo Corleone? ¿Podría convenirle a un Isla ahora en otros desempeños? «Su elección aseguraría la profesionalización del imperio Caixa y su independencia, evitando ser pasto de los cazadores de recompensas travestidos de apóstoles de lo social», en opinión de un destacado empresario barcelonés.

Otros nombres han sonado a su tiempo como potenciales herederos. Es el caso de Josep María Coronas, actual secretario de la Fundación y hombre de amplio currículo, «en quien se pensó durante un tiempo pero que también la cagó tras dar tres cuartos al pregonero por Barcelona contando sus posibilidades como “hereu”». Hay un curioso outsider en esta operación que es el empresario Javier Moll, presidente de Prensa Ibérica, que estableció una buena relación con Fainé con motivo de la compra de un Periódico de Cataluña que arrastraba una considerable deuda con la entidad financiera. Pero ahora Moll y su grupo se han convertido en auténticos fans del Gobierno «procesista», razón por la cual el PSC podría tirar de su candidatura en

caso de que no fuera posible encontrar una solución dentro del Patronato. Más increíble, rozando lo cómico, es la candidatura del conde de Godó, Javier Godó Muntañola, Grande de España, que cuenta con la ventaja de ser miembro del citado Patronato, para quien esa presidencia, meramente decorativa, sería la guinda que coronaría una carrera descolante, en su opinión, como gran empresario de medios (*La Vanguardia*). Aunque, para increíble, ninguna como la candidatura del propio Illa, también postulado para presidir una Fundación con exceso de pretendientes.

Un nombre importante dentro del Patronato es el de Marc Murtra, actual presidente de Indra, un sillón al que fue promovido por el propio PSC tras la llegada de Sánchez a Moncloa. «Para el partido ese sería el candidato ideal para suceder a Fainé, sí, un hombre muy bien colocado en el reparto de prebendas de ese socialismo “to pal pueblo” que practica el PSOE y su marca catalana». Es verdad que Marc está encantado en Indra, donde tiene tela que cortar, pero, hoy por hoy, La Caixa sigue siendo algo bastante más importante que Indra, con serlo mucho. En la vicepresidencia de la Fundación está Juan José López Burniol, un notario conocido y muy presente en los medios que, tras militar con gran entusiasmo en las filas «procesistas», da ahora muestras diarias de haberse arrepentido, y está también Eugenio Gay Montalvo, magistrado del Constitucional entre 2002 y 2012, todos tan descartados para la sucesión como el propio Francesc Homs, durante un tiempo «hombre de los recados» de Artur Mas en la Generalidad.

Al frente de la nave, en medio de la tormenta, el incombustible Fainé. En La Caixa desde 1982 y recorriendo todo el escalafón hasta ocupar la presidencia en junio de 2007, y desde 2016 al frente de la Fundación y de Criteria. Responsable número uno



de haber convertido la entidad en lo que hoy es, a Fainé le reprochan muchos en Barcelona no haber afrontado el más importante de sus deberes, el de preparar una sucesión que impida que una institución tan importante, baluarte de la sociedad civil, que siempre se bandeó al margen de los vaivenes políticos, termine cayendo en manos de los habituales captores de rentas acostumbrados a vivir de la corrupción de lo

público. Ahora va con retraso y con pocos apoyos. Con un José Ignacio Goirigolzarri que, procedente de Bankia, se desempeña como presidente no ejecutivo de CaixaBank y no cuenta con arraigo alguno en Barcelona y con un Gonzalo Gortázar, consejero delegado, que es otro don nadie en el mundo barcelonés. Un delfín en ciernes es Óscar Calderón, secretario general y del Consejo de CaixaBank e indiscutible número uno del área jurídica del banco.

¿Solo frente al peligro? No tanto. El comentario que desde hace tiempo recorre los pasillos de la casa, según el cual la única persona fiel hasta la muerte a Isidro Fainé es Jesús Escolano no deja de ser de un reduccionismo chusco. Con toda una carrera ligada a la gestión de riesgos en La Caixa, Escolano es desde hace tiempo el hombre de absoluta confianza. Ya jubilado, sigue teniendo despacho en la sede de la Fundación, a la que acude diariamente, y sigue mandando mucho por delegación, porque todo el mundo sabe su papel en el entorno del hombre fuerte de la entidad. Pero Fainé, con buena salud, mantiene una red muy importante de relaciones tanto dentro como fuera de España. Muchos años de mando, muchos puestos en Consejos varios,

muchos favores hechos. Y muchas millas recorridas. El PSC ya le intentó birlar la presidencia. Ocurrió en junio de 2007. Una maniobra –adelantar 24 horas la celebración de un Consejo de Administración– propició la dimisión de Ricardo Fornesa y el acceso a la misma del propio Fainé. Fue así como Jordi Mercader se quedó con la miel en los labios, y con él su gran valedor, Narcís Serra. La situación vuelve a repetirse. Fainé tiene la oportunidad de adelantarse a sus enemigos tomando decisiones y evitando que la sucesión se la hagan los enemigos de la entidad, los buscavidas de la política. Si se mueve con rapidez, una gran entidad financiera que nació privada y creció privada, continuará siéndolo esquivando el zarpazo de los hampones de «lo público». Se trata de evitar que le hagan «una oferta que no pueda rechazar» (Don Vito a Johnny Fontane).
